

28

RICARDO DOMINGUEZ.

LOS POETAS MEXICANOS

SEMBLANZAS BREVES.



MEXICO.

IMPRESA DE PEDRO J. GARCIA.

ESCALERILLAS, NUMERO 7.

1,888.

CAPILLA DE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

LOS  
POETAS MEXICANOS.

SEMBLANZAS BREVES.

SU AUTOR

RICARDO DOMINGUEZ.



MEXICO.

—  
IMPRESA DE PEDRO J. GARCIA.

ESCALERILLAS, NÚMERO 7.

—  
1888.

49602



ACERVO GENERAL

DEDICATORIA.

---

A mi PATRIA, cuya gloria es mi sola  
ambicion.

A mi PATRIA, cuya gloria es mi solo

no es imposible que se haya escrito un libro de este género y en un tiempo desahogado, que así se halla de hecho en la historia nacional. Estas especies brillantes, que son el orgullo de los mexicanos y la racionalidad, demuestran una gran capacidad.

Las siguientes líneas expresan de una manera concreta la idea con la cual fué escrito este pequeño libro:

Que no merecen aplauso y admiración nuestros poetas. Esto dicen los que ven todo lo propio como cosa baladí ó verdaderamente despreciable. ¡Rasgo de pequeñez que nos caracteriza de bien triste manera á la verdad!

Y eso, que enfáticamente se oye por donde quiera y á todas horas, constituye un dislate escandaloso.

¡Qué no hay poetas en México!

No es imaginable siquiera, supuesta una razón serena y un juicio desapasionado, que así se hable de nuestra literatura nacional.

Esas especies humillantes, calcadas en el más necio de los orgullos, que es el orgullo que niega la familia y la nacionalidad, demandan una reparación de momento.

Y en este concepto decimos desde luego:

México es la tierra de los poetas inspirados: los tuvo y los tiene y nuestros hijos lo serán también.

Allá donde empieza el horizonte que se abre á los que se van y nos dejan por sagrada herencia su nombre y su gloria, allá tenemos á Pesado, á Carpio, á Rodríguez Galván, á Calderón, á Bocanegra, á Escalante, á Arróniz, á Ramirez, á Plaza, á José Rosas, á Flores, á Acuña, á Cuenca. Allá están ellos, en tanto que aquí en nuestra mente y en nuestros lábios, palpitan y vibran y palparán vibrando en los lábios de otras generaciones, sus cantos de inspiradísimos poetas.

Qué ¿serán tan desgraciadas nuestras letras que mueran con sus autores *La Cena de Baltazar*, *El Torneo* y *La Cadena de Hierro*?

No pensamos de esa suerte, ni la crítica extraña lo hace así.

Tenemos otros poetas que en fuerza del cansancio que produce toda tarea fatigosa y nula en cierto modo han dejado la lira de sus cantos juveniles: entre ellos están Prieto, Altamirano, Cuellar, Riva Palacio, Sierra, Luis G. Ortiz, José Fernandez y otros muchos. Han enmudecido, pero ese silencio vino tras el trabajo ímprobo que produjo riquísima cosecha. Y ahí están para atestiguarlo *Un Romancero Mexicano* gala de nuestras letras, y unas *Rimas*, las del cantor de las *Abejas*, y mil y mil cantos, obras acabadas de inspiración que jamás se olvidarán.

Pero hablemos ya de nuestros jóvenes poetas, de los que, en el festín de la vida se alzan con la frente ceñida de flores saludando un porvenir de gloria, que los llama mostrándoles dilatados y hermosos horizontes. ¿Quién es el príncipe? De entre ellos ninguno. En la República en que viven, todos son iguales y así, sin preocupación ni orgullo, todos han cojido por una senda que les muestra una eminencia, muy alta es cierto, pero á la que van como el poeta del Norte cantantando los salmos de la vida,

rientes, resueltos y valerosos. Todos iguales: esta es su divisa. Y allá van; quien de ellos, pensando en Grecia y en su libertad, canta á Byron en admirables estancias, dignas del héroe ensalzado en ellas; quien le dedica valerosas estrofas á Garibaldi, el soñador impertérrito de la unidad Italiana. Vedlos á todos, pues que todos lo merecen. Y si quereis sus nombres, os los daré: se llaman Salvador Diaz Mirón, Juan de Dios Peza, Manuel José Othon, Pedro Castera, Manuel Gutierrez Nájera, Manuel Puga y Acal, Antonio Zaragoza, Gustavo Baz, José Peón del Valle, Porfirio Parra, Luis Urbina, Rafael de Zayas Enriquez, Adalberto Esteva, Francisco López Carbajal, Manuel Rincón, Vicenté Daniel Llorente, Francisco Cosmes, Ramón Rodriguez Rivera, Ignacio Luchichí, Juan B. Garza, Ramirez Varela, Manuel Gonzalez hijo, Javier Santa María, Manuel Caballero, Joaquín Trejo, etc., etc.

Y ¿no hay poetas en México? ¿Y no merecen aplausos los que, dando á los vientos del cielo sus cantos juveniles, poemas que todo lo abarcan, patria, amor, religión y gloria, y que volando cual aves viajeras que no se detienen ni en montañas ni en ma-

res, llegan á otros climas y suenan en ellos como los cantos del hermano para el hermano? Yo sé de cierto que nuestros poetas son muy queridos léjos de la patria. ¿No vimos hace poco la carta que Obligado, el gran poeta argentino, dirigió á Juan de Dios Peza? ¿Y qué era esa carta? Un arranque de admiración, corona de inmarcesibles violetas, enviada al cantor insigne de la pequeña Margot?

Ya lo dijimos: México es la tierra de los poetas inspirados.

El lector lo verá si se digna fijar su atención en las líneas subsecuentes.